San Juan Crisostomo

Imitemos el Ejemplo de Cristo,

que perdonó a quienes le crucificaron.

Teniendo delante tales ejemplos, no os diré que muramos por nuestros enemigos. Eso debiéramos también hacer; pero ya que somos demasiados débiles, me contento por ahora con deciros que por lo menos no envidiemos a nuestros amigos ni seamos ingratos con nuestros bienhechores. No os digo de momento que hagamos bien a quienes no hacen mal. También eso lo deseo; mas ya que somos demasiados toscos, por lo meno no tomemos venganza. Porque ¿es acaso nuestra religión pura comedia e hipocresía? Entonces, ¿por qué nos ponemos en posición diametralmente contraria a lo que se nos manda en ella? No sin razón están escritos los hechos del Señor, y particularmente cuando hizo al tiempo mimo de su pasión, hechos bastantes de suyo para haberse atraído a sus mismos verdugos. No. Sin han quedado escritos, es para que imitemos su bondad, para que emulemos su misericordia. Él derribó por tierra a los que fueron a prenderle y, sin embargo, duró la oreja del criado del pontífice y hablo modestamente con la chusma. Y estando levantado en la cruz ¡qué maravillas obró! Desvió los rayos del sol, hizo que se quebraran las rocas y que salieran los muertos de su sepulcro. Durante su juicio mismo, aterró por sueños nocturnos a la mujer del juez y mostró en todo el proceso una mansedumbre capaz de conmover, no menos que sus milagros, a sus mismo enemigos. En la cruz mismo grito: *Padre, perdónales este pecado.* Después de sepultado, ¡cuánto no hizo por la salvación de ellos! Y después de resucitado, ¿no llamó antes que a nadie a los judíos? ¿No les concedió perdón de sus pecados? ¿No les ofreció bienes infinitos? ¿ Qué maravillas mayor que éstas? Los mismos que le crucificaron, los que respiraban sangre, después de crucificarle, vinieron a ser hijos de Dios. ¿Qué amor comparar con este amor? Escondámonos al oír esto, pues tan lejos estamos de Aquel a quien tenemos mandamiento de imitar. Reconozcamos por lo menos la distancia y condenémonos por lo menos a nosotros mismos, pues hacemos la guerra a los mismos por quienes Cristo dio su vida y no queremos reconciliarnos con aquellos por cuya reconciliación no vaciló Él en derramar su sangre. ¿O es que reconciliaros es también un gasto, una pérdida de dinero, que es lo que pretextáis cuando se os habla de la limosna?

(homilía 79 sobre San Mateo)